El Estudio de la Fiebre Amarilla

La naturaleza de la fiebre amarilla ha sido un misterio para el hombre desde mucho antes de la época de Colón. Antes que los Mayas conocieran al hombre blanco, ya grabaron en piedra los estragos de la fiebre amarilla en Yucatán. La enfermedad despoblaba periódicamente la región alrededor de Veracruz, tanto que los monarcas aztecas tenían que enviar colonias nuevas a reemplazar a los que habían sucumbido al terrible mal, al que los aztecas llamaban cocolitzle. A partir de 1492 las expediciones de blancos eran diezmadas por una enfermedad que, a juzgar por el alto porcentaje de mortandad que ocasionaba, se supone era la fiebre amarilla. La epidemia de 1648 en Yucatán fue horrible en su furia y extensión, y las sucesivas devastaron las colonias de blancos en Tierra Firme.

La fiebre amarilla se hizo endémica en La Habana, en 1762, y de esa fecha en adelante la bella ciudad no se vio libre de la plaga hasta que el genio de Finlay logró conquistarla.

Aunque hay motivos para suponer que la población de las regiones mediterráneas fue diezmada durante siglos por la fiebre amarilla, la opinión científica hoy día predominante clasifica esta enfermedad como originaria de la América tropical. A pesar de las pruebas que desde hace años vienen realizando los científicos más connotados, no se ha logrado aislar al parásito, bacilo o micrococo que causa la enfermedad.

En sus primeras investigaciones, Carlos Finlay estudió el clima de La Habana, pensando al principio que tal vez la alcalinidad de la atmósfera tenía que ver con la presencia o propagación de la enfermedad, mas al cabo de mucho tiempo de ardua labor se convenció al fin de que estaba equivocado. En muchos lugares, año tras año, otros investigadores se dedicaban a estudios de la misma naturaleza, y Finlay se mantenía siempre al tanto de todos sus trabajos. En 1879 los Estados Unidos enviaron a La Habana una comisión para estudiar la fiebre amarilla. Presidía la comisión el Dr. Stanford E. Chaillé, y Finlay se incorporó a ella por orden de su Gobierno. Los resultados de las investigaciones de esta comisión hicieron que Finlay abandonara su primera hipótesis y le encaminaron por una nueva senda, que lo llevó a descubrir el papel que desempeña el mosquito en la transmisión de la fiebre amarilla.